La Última Curva

Art. 44 15 de diciembre de 2025

Navidades: luces, brindis… y la misma historia de siempre

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

Llegan las navidades. Y con ellas llegan también las mismas escenas repetidas cada año como si fueran una tradición más: comidas, cenas de empresa, celebraciones familiares, prisas, calles llenas… y, por desgracia, siniestros que no deberían ocurrir jamás. Siniestros que no salen de la nada: nacen de imprudencias, de decisiones que todos sabemos que no deberíamos tomar y que, aun así, demasiadas veces se toman.

Y uno se pregunta: **¿qué nos ocurre?**
¿Por qué seguimos repitiendo comportamientos que sabemos que pueden destruir vidas en un segundo?
Si nuestra propia vida no tiene suficiente valor como para cuidarla, **¿cómo pretendemos proteger la de los demás?** Incluso la de nuestros propios hijos.

Son preguntas incómodas. Preguntas que retratan lo que somos como sociedad: frágiles, distraídos, demasiado confiados… y a veces peligrosamente inconscientes.

Hace unas semanas di una charla a un grupo de estudiantes de 16 y 17 años. Una edad en la que la vida empieza a acelerarse, en la que el mundo parece infinito y las consecuencias no existen. Pregunté —como suelo hacer— cuántos se habían montado alguna vez en un coche con alguien que hubiera bebido. Varios levantaron la mano. Nada nuevo. Pero había un chico que no apartaba la mirada de mí. Algo quería decir, o algo necesitaba callar.

Le pregunté:
—¿Y tú? ¿Por qué lo hiciste?

Me respondió con una naturalidad que me descolocó:
—Es que me obligaron.

Me quedé helado. ¿Cómo que le obligaron?
Insistí:
—¿Cómo te van a obligar a subir a un coche con alguien que ha bebido?

Y ahí llegó la frase que me atravesó de lado a lado:
—Es que era mi padre.

Silencio.
Un silencio de esos que no se rompen, que se quedan viviendo por dentro.

Ese chico no hablaba de estadísticas, ni de campañas, ni de porcentajes. Hablaba de algo infinitamente más grave: **la traición voluntaria de un adulto que debía protegerlo y que, sin embargo, lo puso en peligro.**

¿Y ahora qué hacemos con esto?
¿Dónde nos coloca como sociedad?

¿Cómo evitamos que un menor vuelva a vivir algo así?
¿Cómo educamos a quien debería educar?

Tengo muchas preguntas, y pocas respuestas.
O quizá sí hay una, pero no nos gusta porque nos obliga a mirarnos al espejo: **la seguridad vial no falla por falta de normas, sino por exceso de excusas.**

Y ahora que llegan las fiestas, quizá sea buen momento para recordarlo:
El espíritu navideño está muy bien, pero conviene que no lo mezclemos con alcohol al volante. No vaya a ser que el único que llegue volando estas navidades sea el coche… y el árbol que acabe en el salón sea el de emergencias.

Quizá la verdadera pregunta no sea por qué seguimos cometiendo los mismos errores, sino **qué estamos dispuestos a hacer para dejar de cometerlos**. No podemos cambiar las navidades, ni las cenas, ni las ganas de celebrar; pero sí podemos cambiar algo mucho más importante: la forma en que decidimos cuidar la vida, la nuestra y la de quienes dependen de nosotros.

Porque al final, educar en seguridad vial no es repetir normas, es **enseñar amor**. Amor por vivir, por llegar, por volver a casa. Amor suficiente como para decir “no bebo si conduzco” aunque todos a tu alrededor digan lo contrario. Amor para que ningún hijo vuelva a tener que justificar que subió a un coche peligroso *porque era su padre*.

Y quizá entonces, solo entonces, podamos empezar a dejar atrás esa sociedad que mira hacia otro lado y construir una que se mire de frente. Una donde la responsabilidad no sea una carga, sino un acto de dignidad.

Estas fiestas, ojalá cada uno de nosotros elija bien. Porque la vida —la tuya, la mía, la de todos— siempre merece algo más que un brindis: merece respeto.

Felices fiestas